



Deslumbrante y terrible

**ANTONIO
GARRIDO****KARNAVAL**

Autor: Juan Francisco Ferré.
Editorial: Anagrama.
Páginas: 529.
Precio: 24,90 euros.

Sea la lucha sin cuartel con la palabra para que destile nuevos matices y adquiera la singularidad del experimento. La novela es un tempo sostenido que se mueve entre la armonía y los trenos primigenios, entre las arpas y los alaridos de los ajusticiados

La Venus, perfecta en su canon, en la armonía de su opulencia, es la encarnación de lo apolíneo, de aquella definición de la belleza como la armonía de las partes. El sátiro, por el contrario, es lo dionisiaco, lo oscuro, lo turbio. Venus, con la ayuda de Cupido, enarbola la sandalia y se defiende de la embestida, se defiende del placer para permanecer en el olímpico desdén de su elegida represión.

Enarbola la sandalia y este es el elemento grotesco que es la necesaria deformación de la realidad carnavalesca, la máscara, infinitas máscaras de DK, el protagonista y antagonista del coro narrativo, de la pluralidad de las voces. DK es capaz de amenazar a los grandes del mundo y su palabra es un geiser, es

semen que vivifica y agosta. 'Karnaval' es la cara y la cruz, el arriba y el abajo, el antes y el después, la montaña rusa que levanta las faldas de la estructura y deja al descubierto los muslos de la historia.

Tenemos en las manos una novela corrosiva, una brillante columna salomónica perfectamente dorada y destruida desde dentro por la gusanera de la corrupción; la de la política, la de los bancos, la de la dominación y la violencia. La gran palabra, CORRUPCIÓN, así todas con mayúsculas, como una cueva adornada con grutescos.

Este es el profundo sentido ético de la novela. La ética, que no moralidad ni moralina según los viejos esquemas de la vida social. Un texto que nos pone enfrente del monstruo que nos rodea, que nos abraza y desmaya con su fétido aliento, el de la dentadura pútrida que muerde, entre babas, el cuerpo de una mujer en la cama del cuarto de un hotel en Nueva York, allí donde husmea el investigador. Es una mujer que se convierte en heroína y que ha sufrido con la disciplina implacable del golpe y de ese cansancio de agotar las horas que es la vida según Borges.

Lo grotesco es la clave. En su doble sentido; por una parte, lo irregular, lo extravagante, lo ridículo, lo grosero, la deformación de los perfiles para fabricar la máscara, la otra realidad, ¡Vivan Bajtín y Cros! En el fondo del escenario Rabelais toca las partes pudendas de Gargantua, qué eufemismo más cursi, y Proteo juega con los mendigos a la rueda.

La palabra serio parece que no tiene cabida aquí y sin embargo esta novela es más que seria, es un jue-

go dramático como la Parábola de los ciegos de Brueghel. Esta es la vida-muerte, lógica-absurdo, que es tantear en el ensayo y el error mientras un tanga rojo se desliza por los muslos de la primera diosa, Lilith.

Estamos ante una literatura que arrasa, bárbara y vandálica que estremece, que atrapa al lector y lo implica hasta la raíz. Al mismo tiempo, la prosa se entenece a trechos y se hace maternal, prado de tono verde y azul cielo, ubre de la misericordia. He dicho que se construyen las máscaras y con estas piezas de armar, por giro y salto mortal de la historia de historias, se desenmascaran los pliegues de la cortina que oculta la basura y esta dialéctica se convierte en espejo donde se refleja la faz de ese violador que los seres humanos llevamos dentro y fuera.

La polifonía del texto solo se puede explicar desde la masturbación de la palabra, una y otra vez usada pero que por magia de KFerré renace de su agotamiento entre la espuma. ¡Ah, que no falte el cine!

